

LA SACRAMENTAL EN LABRA (1860)

por

El Bardo del Sella

Moral santa del Evangelio, ilumina mi espíritu para que remontando la imaginación hasta el santuario del Hombre-Dios, pueda contemplar un momento tus sagrados misterios, y dedicar al bosquejo de la función sacramental celebrada en Labra el 8 del corriente, un momento siquiera en alas de esa contemplación divina, apartándome de las escenas terrenales. Sean, pues, los ecos del gran Profeta rey, quien inspire mis frases.

¡Oh! el Olimpo nada tiene de encantador, comparado con el aroma que despide el incienso que exhala el santuario.

En medio del oleaje que producen las pasiones en este ilustrado siglo, y en presencia de ese excepticismo con que por algunos seres descreídos se mira la doctrina santa del Evangelio, sin advertir que tanto se adelanta en lo que se llama refinada cultura moderna, cuanto se atrasa en sentimientos religiosos; ¡qué grato, qué consolador es la contemplación de esos misterios que, sacando al hombre de este mundo de aflicciones, encamina su conciencia más allá de la tumba y le recuerda el premio reservado a la virtud y el castigo al crimen!

El ilustre marqués de Valdegamas decía que el hombre extraviado podía volver a recobrar la virtud; pero que el pueblo que la pierde no la recobra nunca; pues bien, en muchos pueblos luchan los dos extremos; la primera triunfa hoy, pero es fácil que mañana se apodere el vicio de algunos.

Apartemos, pues, la vista de ese cuadro, y vengamos a Labra.

¿Sabéis lo que es Labra? Figuraos un pueblo de 50 o 60 vecinos en la falda de una pequeña montaña, y desde la cual se domina la célebre del Santuario de Covadonga, donde por la protección divina tuvo origen nuestra independencia, hollada por los bridones de la raza mauritana; con feraz campiña que la circunda, dando sus aguas y ventilado clima gran impulso a su lozana vegetación; además, sus naturales, pobres montañeses con el traje del país igual aún al que usaban los antiguos tercios del ilustre rey don Pelayo, y con los mismos sentimientos religiosos que a aquellos dominaba, y con esto tendréis la idea de él.

Para que el cuadro sea completo, una noble familia de la primera estirpe asturiana, cuyos blasones ostentaban en su palacio los hechos gloriosos de sus progenitores, separándose de la gran sociedad que brindan las grandes ciudades siendo el paño que enjuga las lágrimas del desvalido, que suministra el pan al pobre, cuida de las necesidades que afligen a los infelices de la comarca. ¡Oh! es grande, es sublime el cuadro que este sencillo pueblo ofrece al ojo perspicaz del filósofo y del que quiere penetrarse del Crucificado.

Los señores D. Felipe Soto Posada y su caritativa y simpática señora D.^a María Cortés Llanos son los ángeles tutelares de la comarca. Después de dedicar gran parte de sus pingües rentas a tan humanitario fin, sostienen el culto de nuestra santa Religión con la esplendidez que se observa en las mejores poblaciones de la provincia.

El 8 del corriente, como se deja dicho, se celebró a sus expensas la sacramental de aquella reducida parroquia. Un rico viril de maciza plata, venido exprofeso de Madrid, se estrenó aquel día, así como la cruz y ciriales. El templo estaba adornado con una profusión admirable.

Ricos candelabros del propio metal serpenteaban en los altares. Los demás ornamentos de la iglesia eran riquísimos. Todo el suelo de la nave mayor se hallaba cubierto de rica alfombra. María, como decía Chateaubriand, estaba colocada en sólio de esplendor, y ricas vestiduras y corona la adornaban.

Quince o veinte respetables sacerdotes asistían a este acto y, en armónico coro, dirigido por el Maestro de Capilla de Covadonga, elevaban sus ecos entre el aroma del santuario hasta los pies del Eterno con los votos de todos aquellos sencillos habitantes.

La lira sagrada vibraba también entre ellos sus armónicos sonidos, y todo esto venía de la caridad evangélica de aquellos dichosos seres que, cual padres de la comarca, a todo atienden. ¡Oh! el cielo premie tanta virtud.

Su joven heredero D. Sebastián de Soto Cortés, diputado provincial del distrito, sabrá heredar de sus ilustrados padres, a la par que tan digno nombre y posición, el dechado de virtudes de que aquellos son modelo.

Concluida la Misa hubo una lucida procesión, quemándose en ella un gigante, compuesto por un pirotécnico de Villaviciosa, y los cohetes se elevaron al espacio sin interrupción. Hasta hubo una cucaña en la que pudieron lucir su habilidad para escalarla aquellos ágiles montañeses, y la gaita gallega, como aquí llaman, despedía sus ecos sin descanso.

Después de todo esto hubo una gran comida de unos cuarenta cubiertos, que podría llamarse de Estado por la variedad y riqueza de los manjares.

Asistieron a ella los Sres. D. Fernando de Soto y su señora, D. Rodrigo de Nava con la suya, la virtuosa y caritativa doña Nieves de Soto, hija de D. Felipe, el señor vicepresidente del Consejo provincial, D. Antonio Cortés, hermano político del expresado señor, doña Isabel Nava de Llanos y su hijo D. Bernardo, y otras dos hijas, cuyos nombres ignoro, D. Antonio Faes de Coviella, el médico de Cangas Sr. Campomanes, cirujano de Corao y otros varios que sería prolijo enumerar.

Dos genios puede llamarse también a D. Felipe Soto y a D. Antonio Faes, ambos dejarán un renombre eterno en la historia del Principado.

Amante el primero del estudio, tiene la mejor biblioteca que podrá haber en Asturias. Descended a su gabinete y encontrareis allí cuantos obras encierra el saber humano, algunas inéditas. Para que haya una idea de él, baste decir que he visto en su librería dos tomos en cuarto mayor, escritos de su puño y letra, de la historia de Simancas por el bachiller Cabezudo, obra que no se ha impreso, y que por lo mismo le era imposible adquirirla, a no ser por este medio extraordinario.

Los cronicones antiguos y la historia de Cesar y Carlos V, las tiene del puño y letra de sus autores, y en fin, no hay documento del que no tenga copia, si es referente a la historia general o particular de una provincia o de un pueblo. La de Mignet, autor francés que se hizo con las memorias de César en el monasterio de Yuste, y que por su abandono y falta de protección a las letras, fueron vendidas a extranjera mano, pasando a enriquecer la biblioteca imperial del vecino imperio, la tiene también. Sería prolijo enumerar siquiera una centésima parte de ellas.

Volvamos ahora al Sr. Faes, hombre ilustrado también, se dio a la arboricultura con un celo incansable. Sobre cuatro o cinco millones de árboles tiene ya, e interrogándole sobre los que había plantado este año contestó que pocos, por lo difícil de hallar operarios, de modo que sólo lo había hecho de 100.000. Una docena más de particulares como este en Asturias y su no aprovechado suelo se convertiría en hermosos bosques que animarían su atrasada agricultura conservando a la vegetación esa humedad que en el estío alimenta el tallo de las plantas. Lástima es que la Sociedad de Amigos del País no premiasen tanta constancia con una medalla de honor siquiera, y proponiéndole para el primer premio del concurso anual, elevando al gobierno de S. M. un informe de los trabajos practicados por él en el ramo citado de la arboricultura.

Concluyo, Asturias, noble país, enorgullécete, que aún conservas en tu seno, hijos ilustres

que serán la admiración de las generaciones futuras.

19 de septiembre de 1860.

Fuente: *Memorias Asturianas, dispuestas por Protasio González Solís y Cabal, Fundador y Director de El Industrial, El Independiente y El Faro Asturiano, con la Revista Literaria de Asturias*, Madrid, Tipografía de Diego Pacheco y Latorre, 1890, pp. 395-396. Gentileza de don Celso Diego Somoano.